

COLECCIÓN HISPANIOLA, 57

EL MURO Y LA HIEDRA

© De los textos, Juan Malpartida

© Confluencias, 2025

www.editorialconfluencias.com

Maquetación: Rodrigo Sepúlveda Cebrián

Revisión editorial: Eduardo Caro Calvo

Impreso en España

ISBN: 979-13-991021-4-7

Depósito legal: AL 6264-2025

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización estricta de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares mediante alquiler y préstamos públicos.

JUAN MALPARTIDA

EL MURO Y LA HIEDRA

Cartas al pasado



CONFLUENCIAS
EDITORIAL

*A mis hijos Diana y Guillermo, y a
mis nietos Eric y Guille*

*Yo dialogo con algunos acontecimientos decisivos
de mi vida tanto como con las ideas escritas.
El significado es el objeto de mi existencia.
Mis esfuerzos por comprender consisten en dar
vueltas alrededor de un puñado de imágenes
obsesivas.*

Charles SIMIC

*Brinda, poeta, un canto de frontera / a la muerte,
al silencio y al olvido.*

Antonio MACHADO

ÍNDICE

Tiempo verbal	13
---------------	----

CARTAS

I. Hola, Niño	19
II. Querido Elías	27
III. <i>Herr Professor</i> Sigmund Freud	49
IV. Mi querida Cristina	81
V. Queridos padres	117
VI. Querido Pablo Neruda	137
VII. Querido Henry Miller	149
VIII. Querido Enrique (Molina)	165
IX. Querido Félix (Grande)	177
X. Querido Antonio Machado	213
XI. Querido Octavio (Paz)	217
XII. Querido Pepe (Hernández)	241
XIII. Querida Regina (Múzquiz)	257
XIV. Mi querido niño	267

TIEMPO VERBAL

Ninguna de estas cartas llegará a quien ha sido dirigida, sencillamente porque todos los destinatarios están muertos. Menos cuatro, las cartas son a amigos o familiares. Los cuatro a los que no traté son Sigmund Freud, Henry Miller, Pablo Neruda y Antonio Machado. La excepción, si lo es, está en una carta dirigida al niño que fui. ¿Está muerto? Es obvio que la partida de nacimiento de ese niño habrá de coincidir un día con el certificado de defunción del adulto que soy. Aunque parece cierto que nuestro carácter y algunos aspectos de nuestra sensibilidad están ya conformados antes de nuestra adolescencia, creo que lo importante es el desarrollo y las formas que adoptan en el resto de la vida, algo total y felizmente imprevisible. La niñez no desaparece, o no lo hace del todo, aunque el cúmulo de la experiencia la aleje: hay a veces un mínimo candor y una sensibilidad que vienen de entonces, pero el niño no me vive a mí. Hay una ruptura necesaria (lineal) entre la infancia y la madurez, aunque creo que es fundamental no madurar

del todo, no desprendernos de los eslabones primeros. Aceptando que esa escisión supone muerte y resurrección (es decir, un proceso de transformación), me he permitido escribir al niño que fui como si fuera otro, alguien a quien recuerdo, no fuera sino dentro de mí mismo. Un arcano.

No se me escapa que además de un diálogo con los muertos, algo que tiene un prestigioso pasado en la poesía y en la prosa, más allá de mi necesidad de componer y configurar estas voces, sostenidas por un yo que a su vez se desdobla y por lo tanto se vuelve generador, estas cartas suponen un lector desconocido, por lo tanto constituido por el presente.

He escrito a lo largo de mi vida miles de cartas por el placer de conversar. Encontrar cuatro o cinco cartas en el buzón de casa, con sus tamaños y a veces colores distintos, con sellos de países que remitían a su historia, me producía una excitación que trataba de sostener un tiempo no abriendo la carta, a veces durante unas horas, pero en ocasiones la abría de inmediato, como un regalo. Una carta de amor se abre al instante, no es posible postergar su lectura. Pero ciertos diálogos de amistad, a veces muy intelectualizados, pueden esperar, y dejar que nuestra imaginación se haga una idea de lo que esas cartas prometen. A veces una carta te acompañaba en el bolsillo de la chaqueta durante días, abierta o todavía cerrada. Al otro lado de esas cartas siempre había alguien que estaba en tu propio tiempo. Los destinatarios de las cartas que contiene este libro están muertos, forman parte del reino de las sombras, de las imágenes cuya realidad siempre está a punto de desvanecerse. ¿Como toda realidad? El pri-

mero de los destinatarios que conocí murió hace unos cincuenta y siete años. Soy consciente de que este criterio de discriminación para acercarme al pasado y a mi memoria establece una desigualdad con los vivos, algunos de una importancia mayor para mí que muchos de los que fallecieron.

Pero no evoco el pasado en un acto de nostalgia o de fetichismo: mi forma de ir hacia esas personas que vivieron y murieron solo pretende restaurarlas (críticamente a veces) en el presente, único tiempo de la vida, es decir, avivar su memoria en lo que tuvieron de conformación de mi vida y al tiempo dar testimonio de algunos aspectos diversos de lo vivido. De una u otra forma, están vivos y vivas en mí, en la memoria que es fosa, pero también fósil en su sentido más estricto, porque no son las cosas y los hechos sino las formas que han adoptado o adoptan cada vez que excavamos en su arcano. Escribo al pasado con el deseo, tal vez un poco órfico, de que el pasado toque el umbral del ahora y lo ilumine reviviéndolo. En algún modo, ese mundo mudo de los muertos se anima y me completa, no como individuo sino como persona, y la persona, su centro inaccesible, es el fin de este múltiple ensayo, de esta tentativa no lineal. Por un lado, el destinatario es una identidad (ya perdida), pero también mi pasado es el receptor de este ejercicio de memoria. Por último, todos estos destinatarios desaparecidos (amigos, familiares, autores solo leídos) se mezclan con los vivos, se enlazan en el presente y así alcanzan una realidad no por vicaria menos real, tan real como pueda ser un testimonio biográfico, no del yo, sino del entre. Lo real para mi propósito no

me parece tanto un aspecto radical y originario, como un momento de contacto, de pensamiento sensible que se disipa, pero que, dado que mi tarea consiste en escribir, deja una huella, tal vez lo suficientemente visible y audible sobre la página.

Desde que nacemos no hacemos otra cosa que perseverar, conscientes o no, en el reino de las oscilaciones, del devenir, de lo simbólico: imágenes y significados que al cabo son, si llegan a serlo, un testimonio de la vida.

CARTAS

I

Hola, Niño: Creo que naciste en el año 1960, es decir, que cuando dejaste de vivir, a los cuatro años, yo tenía unos ocho. Era amigo de tus hermanos, uno de mi edad y el otro un año mayor. Tu padre, originario de Monda, era dueño de una zapatería, y más tarde lo fue de una joyería. Vivíamos en la misma calle, llamada Río, tú dos números más arriba, y los patios de nuestras casas daban a la desembocadura de un río; en realidad es excesivo llamarlo río porque en verano se lo podía cruzar dando un salto o pisando sobre dos piedras. Un río jalonado de eucaliptos, cañaverales y matorrales. La orilla del mar estaba apenas a doscientos metros, y su olor salobre, con el viento a favor, llegaba a nuestras casas, también su ruido cuando había oleaje.

Recuerdo algunos juegos con tus hermanos, no muchos episodios porque ha pasado mucho tiempo y mi amistad con ellos fue breve. Pero se me quedó grabado que un día nos pusimos a fantasear, sentados en el patio de vuestra casa, sobre lo que seríamos cuando

llegara el año dos mil. Eso era algo que estaba tan lejos como si ahora que tengo sesenta y cuatro años pensara en cómo sería cuando tuviera doscientos años, si eso fuera posible, pero además se añade que a esa edad la experiencia temporal es confusa y extremadamente elástica. Habría que escribir una novela en la que el tema fuera los modos de percibir el tiempo desde la infancia hasta la vejez. En el dos mil yo iba a tener cuarenta y cuatro años, es decir: que para la perspectiva de un niño de ocho años sería un viejo. Recuerdo que nuestras fantasías por esa época tenían contenidos muy corrientes: tendríamos coches, o una gran moto, un chalet, tal vez una bicicleta de carrera. ¿Mujer e hijos? No, no formaban parte de nuestros sueños, en tal caso un caballo o una barca de recreo. Lo que solíamos ver por el pueblo eran burros y mulos, pero no caballos, así que un caballo también era algo que podía aparecer en nuestras propiedades del año dos mil.

Un día oí que mi padres hablaban muy bajo, con cuidado y una seriedad carente de hosquedad. Algo pasaba. Sabía que debía ser algo malo, no algo malo entre ellos sino un suceso que les hacía sentirse unidos, y eso no ocurría casi nunca, lo que quiere decir que tampoco era habitual que pasaran cosas embarazosas de encajar, salvo las dificultades naturalizadas de una larga posguerra en un pueblo del sur, en una España pobretona, que había aprendido a temer al otro como consecuencia de una guerra civil y un régimen militar autoritario, y por lo tanto vivía en paz, es decir, cada cual cuidaba de pasar inadvertido, menos los que podían pisar fuerte porque habían ganado la guerra. Si es que una guerra civil se gana.